

Maqueta: RAG

Título original: Debating the Middle Ages: Issues and Readings

Macedo

16 copias

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

DEDALUS - Acervo - FFLECH



20900031371

© Introducciones y edición, Lester K. Little y Barbara H. Rosenwein, 1998;
capítulo 2, © Princeton University Press;
capítulo 4, © Richard Hodges y David Whitehouse, 1983;
capítulo 8, © Librarie Arthème Fayard, 1993;
capítulo 12, © Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1990;
capítulo 16, © The Regents of the University of California, 1987.
Publicado originalmente por Blackwell Publishers Inc., 1998.

© Ediciones Akal, S. A., 2003
para todos los países de habla hispana

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1288-X
Depósito legal: M-346-2003
Impreso en Matorröset, S. L.
Colmenar Viejo (Madrid)

LESTER K. LITTLE y BARBARA H. ROSENWEIN (eds.)

W. Goffart

LA EDAD MEDIA
A DEBATE

Traducción
Carolina del Olmo y César Rendueles



SBD-FFLECH-USP
295759



LOS BÁRBAROS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA Y SU INSTALACIÓN EN OCCIDENTE

Walter Goffart

Este estudio versa sobre un proceso palmariamente pacífico y tranquilo: la utilización y adaptación de la parafernalia, tanto militar como civil, del gobierno romano en el siglo V cuando algunos pueblos bárbaros pactaron asentarse en suelo perteneciente a las provincias del Imperio. Merece la pena investigar con cierto detalle estos acuerdos, pues pueden ser una valiosa fuente de información acerca de la supervivencia en la Alta Edad Media de sofisticadas instituciones estatales y de los regímenes de propiedad de la tierra en los primeros reinos bárbaros. Si bien cabe abrigar ciertas dudas sobre la naturaleza pacífica y fundamentalmente continuista de la transferencia del dominio de manos romanas a manos bárbaras, no tiene sentido discutir la supervivencia de un conjunto de pruebas que documentan una adaptación legal de las prácticas gubernamentales romanas a las nuevas exigencias de godos y burgundios. La práctica totalidad de las pruebas versa no sobre el momento de transición, sino sobre el *status quo* de algunas décadas después del comienzo del dominio bárbaro; a pesar del paso del tiempo y de la consolidación de los regímenes foráneos, la situación documentada aún deja traslucir su procedencia del derecho público romano. Por nuestra parte, estamos en condiciones de reconstruir el proceso de adaptación de los bárbaros en el seno de las sociedades existentes en algunas de las provincias occidentales, así como de determinar las transformaciones del sistema tributario bajo la nueva gestión.

En los próximos capítulos [del libro de Goffart] irán surgiendo diversos temas cuyo telón de fondo son las invasiones bárbaras, pero, ¿cómo debemos entender estas invasiones? Existen muchas narraciones modernas disponibles que cuentan, aproximadamente, la misma historia. Ninguna de ellas nos prepara adecuadamente para los agus-

tes desprovistos de dramatismo entre bárbaros y romanos con los que nos vamos a encontrar.

Las invasiones, tal como suelen presentarse actualmente, constituyen un espectáculo impresionante que discurre en paralelo a la propia historia romana durante siglos antes de que los bárbaros lleven a cabo su penetración permanente en el seno del Imperio. «Es esencial...», se nos dice, «tener presente que el fenómeno que estamos estudiando es una migración de pueblos, no una mera invasión de "bárbaros"»¹. Según este esquema tradicional, los pueblos germánicos llevaban en movimiento desde el tercer o el primer siglo a. C., afanándose en migraciones masivas y periódicas que presionaban a las tribus del norte hacia el sur, empujándolas sobre los emigrados anteriores con tal fuerza y tales efectos perturbadores que la frontera romana, que había resistido al avance migratorio durante siglos, terminó por verse abajado cerca del 400 d. C. A continuación, las masas germánicas errantes avanzaron en tropel y se detuvieron ya dentro del territorio imperial². Sin embargo, este último paso resulta notablemente modesto: sólo un puñado de pueblos estuvieron implicados en este proceso, cada uno de los cuales se componía, a lo sumo, de unas pocas decenas de miles de miembros y muchos de ellos —aunque no todos— se acomodaron en las provincias del Imperio sin desposeer ni degradar a la sociedad nativa. En otras palabras, los bárbaros a quienes encontramos luchando a brazo partido con el Imperio romano entre los

¹ Joseph Vogt, *The Decline of Rome*, trad. inglesa de Janet Sondheimer, Londres, 1967, p. 183.

² En los relatos de las invasiones el léxico de avalanchas, olas, riadas y otras vívidas imágenes que evocan fuerzas de la naturaleza ha sido durante mucho tiempo la pauta común. Véase, por ejemplo, Lucien MUSSET, *Les invasions*, vol. 1, *Les vagues germaniques*, Nouvelle Clío 12, París, 1965, pp. 50-74 [ed. cast.: *Las invasiones*, vol. 1, *Las oleadas germánicas*]. La obra de Musset está disponible en inglés traducida por E. y C. James (University Park, 1975), versión de la que no me he servido. Un pasaje muy representativo en el que estas metáforas cobran vida propia aparece en Geoffrey BARA-CLOUGH, *The Medieval Papacy*, Londres, 1968, p. 28: «Quince años después de la muerte [en el año 461] de León [el Grande], la riada bárbara, cuyos comienzos había presenciado, aregó occidentalmente». Este texto parece referirse a una afluencia foránea, pero nadie invadió occidentalmente entre los años 461 y 476. Como explica Ludwig SCHMIDT, «Die Ursachen der Völkerwanderung», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, Geschichte und deutsche Literatur* 11 (1903), p. 340, o bien se considera que la migración comenzó mucho antes de la era cristiana (véase *Trifka*, n. 44) o bien se afirma que no empezó hasta el ataque de los hunos a los godos en la década del 370, agresión que, de acuerdo con informadores de la época como Amiano Marcelino (*Resum gestarum libri*, 31, pp. 2 ss.), puso en marcha una sucesión de desastres. Sobre la cronología de los hunos véase Hans-Joachim DIESSEN, *Die Völkerwanderung*, Leipzig, 1976, pp. 70-72, 86. Es bastante habitual manejar ambos puntos de partida como complementarios; por ejemplo, Pierre COURCELLE, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1964, pp. 14-20.

siglos IV y VI y al mando de los primeros reinos germánicos de Occidente eran pocos en número, tanto su cohesión como su confianza en sí mismos eran débiles. Y sus habilidades escasas—todo lo cual constituye una decepción cuando se compara con las migraciones prologadas y masivas que se suponía características de su pasado³.

Es posible aprehender mejor las dimensiones de este problema tomando en consideración algunos casos concretos. Los próximos capítulos [del libro de Goffart] se ocuparán del momento en que visigodos, burgundios y ostrogodos consiguieron erigir organizaciones estables en suelo romano. Si tuviéramos que dibujar el telón de fondo de estos acontecimientos, ¿en qué punto debería comenzar la historia? Se abren ante nosotros dos caminos muy diferentes: por cuál de los dos optemos dependerá del grado de calidad de las pruebas y de la escala de las conjeturas y combinaciones que estemos dispuestos a tolerar. Quienes sean muy estrictos en la selección y tratamiento de las fuentes se negarán a alejarse más allá de las tierras que hacen frontera con el Imperio romano en el siglo IV d. C. En cambio, quienes admiten de buen grado un abanico más amplio de documentación y gustan de recurrir libremente a hipótesis y especulaciones, considerarán posible e incluso conveniente alejarse hasta llegar a tierras escandinavas y remontarse hasta los tiempos previos a la era cristiana. Esta gran diferencia en el modo de abordar el período de las invasiones bárbaras merece ser estudiada con detalle y profundidad, puesto que poco es lo que se ha escrito sobre esta cuestión fuera del mundo académico alemán⁴.

Si se escoge la senda más conservadora, la cadena de acontecimientos que finalizó en 418 con el asentamiento en la Aquitania ro-

³ Por lo que concierne al número: SCHMIDT, «Ursachen», p. 347, de acuerdo con Hans DELBRÜCK, *Geschichte der Kriegskunst*, Berlín, 1921, vol. 3, pp. 300-314. En cuanto a la cohesión, piénsese en los múltiples casos de bárbaros que lucharon a favor de Roma contra sus compañeros de tribu (generales francos en el siglo IV; Sarras el godo en tiempos de Alarico; las circunstancias de la disolución de los reinos Vándalos y ostrogodos; los que desertaban del bando de los lombardos y se pasaban al de los bizantinos; etc.). Confianza en sí mismos: véase *infra*, n. 54. Habilidades: E. A. THOMPSON, «Early Germanic Warfare», *PP* 14 (1958), pp. 2-29.

⁴ ROLF HACHMANN proporciona una exposición selectiva, pero profunda de los avatares de los *Altertumskunde* [estudios sobre la Antigüedad] alemanes recientes en *Die Goten und Skandinavier*, Quellen und Forschungen zur Sprach- und Kulturgeschichte der germanischen Völker, N. F. 34, Berlín, 1970, pp. 145-220; cfr. la resena de T. M. ANDERSON en *Speculum* 46 (1971), pp. 373-375. Igualmente reveladora es la defensa de los métodos y las narraciones tradicionales por parte de ERNST SCHWARZ, *Germanische Stammeskunde zwischen den Wissenschaften*, Konstanz y Stuttgart, 1976, pp. 7-53, y *Zur germanischen Stammeskunde Aufsätze zum neuen Forschungsstand*, Wege der Forschung, 249, Darmstadt, 1972, pp. vii-xxx, 287-308 (este último, dirigido específicamente en contra de Hachmann). MALCOLM TODD, *The Northern Barbarians*, 100 B. C.-A. D. 300, Londres, 1975, pp. 19-29, 55 y *passim*, ofrece un sumario actualizado de estas dificultades desde un punto de vista arqueológico.

mana de los visigodos dirigidos por Wallia no debería remontarse más atrás de la rebelión de Alarico en 395. Los godos conducidos por Alarico se hallaban entonces establecidos en los Balcanes, en el interior de los territorios gobernados por el emperador del Imperio romano de Oriente. No obstante, no estaría de más tratar de sacar a la luz las raíces más remotas del levantamiento. Durante el siglo IV, los godos habían vivido al norte y al este de la frontera del Imperio romano que formaba el Danubio (actualmente diríamos que en Rumanía y en el sur de Rusia) en tierras que ocupaban desde tiempos remotos. (Los observadores romanos, al identificarlos directamente con los escitas que antiguamente habían poblado aquellas tierras, expresaban su creencia en que los godos, si bien tenían un nuevo nombre, no constituían una nueva población). Vecinos directos del Imperio, formaban una parte habitual del paisaje bárbaro, sin ser enemigos implacables ni tampoco amigos dignos de confianza. A partir del último tercio del siglo IV, el curso de la historia goda se vuelve bastante discontinuo; cada gran paso de los (visi)godos alejándose de Rumanía y del sur de Rusia implicaba una quiebra de su cohesión, el comienzo de una nueva serie de acontecimientos cuyas relaciones con el pasado inmediato se presentaban de forma tenue e inconexa: una crisis interna en la década de los 370, exacerbada por el ataque aparentemente irresistible de los hunos; una migración parcial y desorganizada, aunque pacífica, hacia territorio romano (376); una sublevación marcada por una gran victoria (378) pero que también acarrió graves pérdidas a la adquisición de una posición regularizada en el seno del Imperio (382); y dos grandes campañas en Occidente como tropas auxiliares de los romanos, con gran cantidad de víctimas (388, 394). Sólo después de estos incidentes se llega a la rebelión de Alarico del año 395 que, a su vez, supuso el comienzo de dos décadas de campañas jalonadas tanto de derrotas como de victorias. No es posible establecer una narración histórica uniforme que conecte a los godos del sur de Rusia con el conjunto heterogéneo de pueblos dirigidos por Alarico y sus sucesores en Italia, España y Galia durante las dos primeras décadas del siglo V. A pesar de ser nominalmente godos, sus seguidores no son los descendientes directos de la nación que Alarico gobernaba en los años 370; la denominación común evoca más una gran compañía de condottieros sucesivos que un fenómeno de migración popular⁵.

⁵ LUDWIG SCHMIDT, *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Ausgang der Völkerwanderung*, Die Ostgermanen, München, 1941, pp. 195-249 (por lo que concierne al ataque de los hunos), pp. 400-426 (por lo que concierne a la instauración del reino de Toulouse); MUSSEL, *Vogues germaniques*, cit., pp. 83-86; ERNST STERN, *Histoire du Bas-Empire*, vol. 1, trad. J. R. Palanque, Bruselas, 1959, pp. 207, 216-217; ANDRÉ POANICU, *L'Empire chrétien* (325-395), Paris, 1947, pp. 211-214, 222-223, 247-248, 251-255,

La exclusión en esta narración de cualquier pasado de los godos anterior a su asentamiento junto a la frontera romana no supone un agravio comparativo en relación con pueblos que poseen historias más largas, ni tampoco pretende negar que poseyeran una cultura, identidad o pasado arcaicos. Lo que sucede es que una narración histórica rigurosa ha de basarse en un cierto mínimo de pruebas, no en una refahía de hipótesis; por mucho que uno desee escribir la historia antigua de los godos, falta la base documental necesaria para esta empresa. En cuanto a los relatos que han circulado sobre los primeros godos, los más importantes que nos han llegado se acuñaron en la Constantinopla del siglo XVI y, como cabía esperar, no tienen mucho que ver con nuestros criterios de lo que es una historia creíble. Si situamos estas historias en el contexto cronológico y cultural adecuado, podemos interpretarlas como testimonios de un deseo altamente civilizado de reconstruir el *origo gentis* [historia de los orígenes de un pueblo]. Pero, dado que los fundamentos de este tipo de narraciones descansan en siglos más próximos a nuestra época, sus contenidos están fuera de lugar en una investigación acerca de los antecedentes de los godos en la Aquitania del siglo V⁶. Lo que está en juego en todo este debate no es una cuestión de simpatía o antipatía hacia los bárbaros, los germanos o los godos, sino una concepción del método apropiado para recopilar y escribir legítimamente la historia, a la manera moderna.

El mismo talante conservador puede adoptarse para elaborar relatos sobre los burgundios y los ostrogodos. Los burgundios de los que 260-261, 266-268. Derriamiento de sangre en la caída de Máximo: San Jerónimo, *Epistolar*, 60, p. 15, sin referencia explícita a los godos. Acerca de la identificación de pueblos nuevos con otros antiguos (los godos con los escitas), véase los valiosos, aunque poco comprensivos comentarios de J. Otto MANNINGHEM, *The World of the Huns*, ed. Max KNIGHT, Berkeley, 1973, pp. 5-9. (El nombre «visigodo», que nosotros asociamos con los seguidores de Alarico, no aparece documentado hasta el siglo VI.) Fusel DE COULANGES, *L'invasion germanique et la fin de l'Empire*, Paris, 1911, pp. 430-431, subraya la disconformidad; Musset, *Vagues germaniques*, cit., pp. 84-85, sostiene que, tras veintidós años en los Balcanes y once en Italia, la población visigoda «n'est toujours qu'une armée errante» [«no es más que un ejército errante»]; lo contrario afirma Schmidt, *Ostgermanen*, cit., p. 426 (fundamentalmente a partir de J. Sidora de Sevilla). SOKRATES ESCOLASTICO, *Historia ecclesiastica*, 4, p. 8, transmite la idea constantinopolitana de que, tras causar graves daños, los godos fueron barridos de los Balcanes.

⁶ La obra que contiene estos relatos sobre los primeros godos es, naturalmente, JORDANES, *De origine actibusque Getarum* (conocida como *Getica*), ed. Theodor Mommsen, MGH, AA, V, sobre la que volveremos más adelante. A pesar de que Jordanes escribía en latín, era un auténtico bizantino, como queda patente en su crónica de la historia romana (*Romania*, ed. Theodor Mommsen, MGH, AA, V). Acerca de las narraciones sobre los orígenes, véase Elias BICKERMAN, «Origines gentium», *Classical Philology* 47 (1952), pp. 65-81. Los textos de Amiano, 15, 9, acerca de los galorromanos, ilustran claramente cómo una narración de este tipo se aparta de nuestros criterios y expectativas.

nos ocuparemos eran los supervivientes de dos derrotas devastadoras, una a manos de las tropas romanas, la otra, de los hunos. Los desastres de 435 y de 436 barrieron del mapa el reino burgundio de la provincia romana de Germania II que había durado poco más de dos décadas y que probablemente se proponía expandir su territorio⁷. Los burgundios no habían llegado a Germania II procedentes de tierras muy lejanas. En la segunda mitad del siglo IV, un historiador romano los situaba a cierta distancia al este del Rin, asentados al norte de los alamanes y dispuestos a cooperar con el ejército romano contra este enemigo común. Este mismo historiador nos informa de que los burgundios se tenían por descendientes de los romanos y otro autor, algo más tarde, especifica que los generales de Augusto se habían establecido en campamentos en el interior de Alemania como avanzadilla. Sea cual sea el valor de estas historias, lo que indican es que los burgundios del siglo IV se hallaban firmemente arraigados en los distritos que ocupaban⁸. No obstante, sus raíces no eran tan profundas como para permitírles conservar su posición tras los tumultos de comienzos del siglo V. ¿Durante cuánto tiempo recordaron los burgundios de finales de la década de 430 el este del Rin como su patria? Las poblaciones que el gobierno del Imperio romano de Occidente trasladó hacia el sur desde Renania en 443 no eran más que los restos de una población castigada y mermada que, una vez instalada en el nuevo distrito, en el transcurso del siguiente siglo no consiguió desartrollarse hasta convertirse en un pueblo grande o peligroso⁹.

El pasado de los ostrogodos es aún más breve. Después de 370, durante cerca de ocho décadas, vivieron como súbditos de los hunos y en los últimos años bajo el yugo de Atila. Cuando se desintegró el Imperio de Atila (454) y los gépidos se convirtieron en los herederos directos de la posición ocupada por los hunos, los godos, dirigidos por Valamer, buscaron el patrocinio del emperador romano de Oriente y obtuvieron tierras en la abandonada provincia fronteriza de Pannonia. El resto de la historia de estos godos es, comparativamente ha-

⁷ Schmidt, *Ostgermanen*, cit., pp. 136-137; Musset, *Vagues germaniques*, cit., pp. 111-112; K. F. STROHMEKER, *Germanicum und Spätantike*, (Zürich y Stuttgart, 1965), pp. 257-258; Hindaco, *Chronicon*, pp. 108, 110, ed. Alain Tranoy, SC, pp. 218-219, Paris, 1974, vol. I, p. 134, vol. 2, pp. 72-73 (comentario).

⁸ AMIANO, 28, 5, pp. 9-11; OROSCO, *Historia adversus paganos*, 7, 32, 12. Eduard Norden, *Alt-Germanien Völker- und Namensgeschichtliche Untersuchungen*, Leipzig, 1934, pp. 62-64, explicó la inspiración romana de estas historias. Sin embargo, este tipo de invenciones carecían de valor si una leyenda alternativa acerca de su origen se hubiera asentado firmemente entre los burgundios de la época.

⁹ Schmidt, *Ostgermanen*, cit., pp. 191-194; Musset, *Vagues germaniques*, cit., pp. 112-115; Alfred COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon du Ve au IXe siècle (450-800)*, Paris, 1928, pp. 153-158, estudió el material disponible sobre el número de burgundios; cfr. Schmidt, *Ostgermanen*, cit., p. 168.

biando, bastante bien conocida, como cabría esperar de una tribu que habitó de manera continuada dentro del territorio del antiguo Imperio. Tras la muerte de Valamer, su hermano más joven guió a una parte de su pueblo hacia el oeste, hasta llegar a fundirse con los godos de Toulouse. El resto pasó a estar bajo el dominio del sobrino de Valamer, Teodorico, que sirvió durante mucho tiempo al emperador Zenón, aunque más tarde consideró ventajoso instigar a sus partidarios en contra de Odoacro, el «tirano» de Italia (488). El último asentamiento ostrogodo que recabará nuestro interés tuvo lugar después de que los seguidores de Teodorico consiguieran arrebatarse a Odoacro el control de Italia.¹⁰

En cierto modo, la brevedad de las raíces que atribuimos a godos y burgundios supone el reconocimiento de nuestra ignorancia. Sin duda, el pasado de estas tribus abarcaba una mayor cantidad de contenidos relevantes, necesarios a fin de comprender en qué se convirtieron una vez dentro de las provincias del Imperio, pero no disponemos de la información adecuada. Sin embargo, la deficiencia de las fuentes no es el motivo principal que justifica la exclusión de las referencias a siglos anteriores. No tenemos ningún motivo para pensar que el pasado remoto pesara más sobre los bárbaros que sobre la población romana alfabetizada. Los acontecimientos que tuvieron lugar en el Imperio durante el siglo IV muestran una notable indiferencia frente a los precedentes históricos; las historias más ambiciosas escritas en el siglo V tan sólo se remontan a los tiempos de Constantino.¹¹ Los autores modernos no consideran indispensable retrotraerse hasta Augusto, Trajano o Galieno como elementos relevantes para entender la batalla de Adrianópolis y sus consecuencias, así como tampoco creen obligatorio acompañar una descripción de la formación del Imperio romano con una de su decadencia. Según los estudiosos de las tradiciones orales que sobreviven en África en nuestro siglo, una tribu conserva memoria de los territorios que habitaba antes de la última migración, pero no de los anteriores.¹² Si este descubrimiento

¹⁰ Jordanes, *Getica*, cit., pp. 268-269, ofrece un relato inteligible de lo que sucedió a continuación; cfr. Musset, *Vagues Germaniques*, cit., pp. 92-93.

¹¹ Las crónicas de Eusebio y san Jerónimo, así como los *Breviaria* de Eutropio y Festus, son buena muestra de la cantidad de historia de la que el siglo IV era capaz de prescindir. Constantino como comienzo: las historias eclesiásticas de Filostorgio, Sócrates Escolástico, Sozomeno y Teodoro (anteriores a 450); el derecho romano recogido en el Código de Teodosio II (publicado en 438); los capítulos introductorios a la Historia perdida de Malco de Filadelfia (finales del siglo VI); y el último libro de la Crónica perdida de Hesiquio de Mileto (ca. 518). En relación con Malco y Hesiquio, véase Wilhelm Christ, Wilhelm Schmid y Otto Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, parte 2, 2ª mitad, Munich, 1924, pp. 1036, 1039.

¹² Yves Peckson, «Chronology and Oral Tradition» (1962), trad. inglesa de Susan Sherwin, en Martin Klein y G. Wesley Johnson (eds.), *Perspectives on the African*

es válido para todos los pueblos sin escritura: nuestra información acerca de los godos y los burgundios, que deriva de los escritos romanos, es considerablemente más completa que la que ellos mismos obtenían de sus propias fuentes. Tal vez la memoria de los visigodos de Aquitania tras el año 418 sólo se remontaba hasta sus hogares en los Balcanes previos a 395; la de los burgundios asentados en el este de la Galia después de 443 hasta el reino renano anterior al año 436; y la de los ostrogodos en Italia hasta sus asentamientos en Panonia y los Balcaños entre 454 y 488. El olvido —la interrupción y la pérdida de la memoria oral— es probablemente un componente inevitable de las migraciones.¹³ Por todas estas razones, puede considerarse que el siglo IV proporciona una perspectiva adecuada para contemplar las empresas bárbaras que se desarrollaron desde 395 en adelante. Pero naturalmente, este no es el punto de vista más amplio que puede mantenerse sobre esta cuestión.

Es posible establecer una perspectiva más extensa del pasado bárbaro tanto mediante generalizaciones como en una forma más restringida, consistente en historias de tribus individuales. Comencemos con las generalizaciones. Es habitual oír que «la presión de los pueblos nórdicos sobre los asentamientos de las tribus germanas [...] prosiguió hasta que la frontera romana se quebró definitivamente».¹⁴ Una afirmación muy habitual de este argumento conlleva la idea de la existencia de una prolongada contienda entre los germanos y el mundo mediterráneo que habría durado desde la expedición de los cimbrios y los teutones ca. 102 a.C. hasta la caída del Imperio de Occidente. Esta versión parece dar por supuesto que los nórdicos poseían una meta fija

Paris, Boston, 1972, p. 8: «Para respaldar los recuerdos [de las tradiciones orales] casi siempre es necesario [...] un elemento visual. Cualquier cosa anterior se desvanece en el lapso que dura una vida humana». Véase también Ruth Finnegan, «A Note on Oral Tradition and Historical Evidence», *History and Theory* 9 (1970), pp. 195-201, donde aparecen importantes observaciones acerca de la anomalía que supone la épica y otras formas de narración histórica en África, del carácter escasamente fiable de su transmisión y de la distorsión especial que sufren las historias de migraciones (pp. 196-198).

¹³ El olvido histórico también es común en las sociedades con escritura: recuérdese el conocido verso de Amiano sobre la *antiquitatem ignari* [esos ignorantes de la antigüedad] (31. 5. 11). Un ejemplo notable puede hallarse en Evaristo, *Hist. ecclésiastica*, 3. 41 (ca. 593): una de las pruebas de la superioridad de la época cristiana sobre la pagana que ofrece era que los emperadores romanos, desde Constantino, estaban más seguros en sus tronos que sus predecesores paganos. Este argumento sólo podía funcionar si se había olvidado a todos los emperadores de Occidente que habían sido derrocados, desde Constantino II hasta Rómulo Augústulo, como efectivamente ocurrió.

¹⁴ Edward Peters, *Europe: The World of the Middle Ages*, Englewood Cliffs, 1977, p. 43 (he escogido este manual por sus datos recientes; hay otros muchos que contienen pasajes similares).

hacia la que seguían avanzando—como en el caso del «viejo objetivo de los pueblos errantes indogermánicos»— y que, durante mucho tiempo, los romanos constituyeron un obstáculo en el camino hacia su consecución.¹⁵ Aunque no se haga referencia explícita a ninguna meta, sí suele admitirse que existió una conexión entre todas las tribus bárbaras que hablaban dialectos germánicos y las actuaciones de una de ellas se consideran significativas para la comprensión de todas las demás. Así, tras el desastre de Varo el año 9 d. C.,

la Germania libre se convirtió en un duradero peligro para el Imperio romano, que trató de conjurarlo reforzando la frontera [...] El reclutamiento de germanos para el ejército romano sólo llenaba los vacíos de forma temporal y no se pudo evitar que, a partir de comienzos del siglo V, las tribus germánicas emprendieran la construcción de estados propios en suelo del Imperio romano.¹⁶

Líneas como éstas entrañan un peligroso anacronismo. La unidad de los pueblos germánicos es un fenómeno que se remonta, como muy pronto, al siglo IX; aunque Tácito escribiera sobre Germania (ca. 98 d. C.), jamás imaginó que los pueblos sobre los que escribía formaran algo más sofisticado que un conjunto de múltiples tribus de unidades¹⁷; sin embargo, toda la palabrería de nuestros libros acerca de germanos que se enfrentan y luchan contra el Imperio romano suele suponer la idea de una única entidad coherente que permanece al otro lado de la frontera romana y abraza ambiciones y aspiraciones unificadas frente al Imperio. Por este motivo, en una reseña sobre la obra de un autor contemporáneo que había compilado observaciones romanas acerca de las invasiones bárbaras, se le reprendía por propor-

¹⁵ Hermann Aubin en *Neue Probylen-Weltgeschichte*, ed. Willy Andrea, vol. 2, Berlín, 1940, p. 78. Tanto en esta cita, como en todas las demás, la traducción es mía. La narración de Aubin (pp. 52-78) es un relato colorista de la *Völkerwanderung* (desplazamiento de los pueblos). Por lo que toca a la cuestión de una meta o del irresistible atractivo del sol mediterráneo, véase Diesner, *Völkerwanderung*, cit., p. 70.

¹⁶ Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., p. xviii. Para de Alemania circulan relatos del mismo tipo; véase, por ejemplo, Daniel D. McGarry, *Medieval History and Civilization*, Nueva York, 1976, pp. 69-70.

¹⁷ Heinz Löwe en Bruno Gevniakov, *Handbuch der deutschen Geschichte*, Stuttgart, 1954, p. 79, contempla la posibilidad de una cesura entre los pueblos germánicos, incluidos los germanos orientales del período de la invasión, y los comienzos del pueblo alemán (*deutsche*) en el siglo IX—una organización del material realmente novedosa si la comparamos con la séptima edición del *Handbuch de Gevniakov* de 1930. Tácito, *Germania*, 33 es el locus classicus acerca de la desunión; el esquema basado en doscientos diez años de guerra entre Roma y los pueblos germánicos (*Germania*, 37) que subyace a ciertas narraciones modernas, como la citada más arriba (notas 15-16), deriva su unidad de la perspectiva romana desde la que fue escrito. Sobre la controvertida continuidad de las tribus, véase *Infra*, n. 30.

cionar un relato «parcial» del tema y se invitaba a los futuros historiadores a «intentar construir una imagen global de las invasiones germanas desde ambos lados»¹⁸. Según este tipo de argumentos, el Estado romano contemplaba «otro lado» coherente, que se asemeja demasiado a la futura Alemania.

En las narraciones históricas, son precisamente los movimientos migratorios los que otorgan un cierto grado de comunidad a ese «otro lado». La historia que se asigna a cada tribu consiste, principalmente, en un diario de viajes; Lucien Musset escribe:

Los burgundios [...] aparecen en el siglo I d. C. en la región báltica como uno de los componentes del grupo *vinidii*; más adelante, se aventuraron en el interior, en la zona del curso medio del Vístula. Pero no cabe duda de que, por su lengua y sus tradiciones, muy bien podría tenerse los por originarios de Escandinavia. Su dialecto germano oriental tenía muchas afinidades con el de los godos y sus tradiciones, recopiladas en fecha bastante tardía, conducen hasta «la isla llamada Escandinavia». De hecho, algunas tierras escandinavas llevan nombres parecidos a los de este pueblo: la tierra de Borgund, en el Sognefjord, Noruega, y especialmente la isla báltica de Bornholm (Borgundarholm en el siglo XIII).

Desde su hábitat polaco, los burgundios comenzaron durante el siglo III a desplazarse hacia el Oeste. Después de 260, se encontraban junto a los alamanes.¹⁹

El relato puede finalizar aquí, ya que su secuela, narrada más arriba, reoma la historia en el momento en que los burgundios eran vecinos de los alamanes. La hondura de sus raíces queda acentuada por los verbos que denotan acción. Al surgir de Escandinavia, aventurarse en el Vístula medio, y desplazarse después hacia el oeste, el pueblo burgundio pone de manifiesto el tipo de *Wanderlust* [espíritu viajero] que explicará, por anticipado, sus futuros avances en territorio romano.

Los godos desempeñan un papel extraordinariamente importante en el esquema ampliado de la historia bárbara. Un resumen reciente de sus movimientos reza así:

De entre los pueblos migratorios los mejor conocidos son los godos, que se asentaron en las orillas del Vístula a comienzos del siglo I

¹⁸ Gerald Bonner, reseña de Courcelle, *Hist. Lit.*, en *JRS* 56 (1966).

¹⁹ Musset, *Vagues germaniques*, cit., p. 111. Cfr. Norden, *Alt-Germania*, cit., pp. 17-23, donde la sucesión de pruebas (totalmente dispares) se aprecia con claridad. A Norden, de formación clásica, le impresionaba especialmente la afirmación de los germanistas de que los burgundios eran germanos orientales y, por tanto, enteramente ajenos a sus vecinos, los alamanes (pp. 18 n. 1, 20-21). Habría resultado provechoso añadir que no hay nada en las fuentes escritas que confirme esta idea.

y en Polonia algo más tarde. Los godos procedían originalmente de la región báltica. Las migraciones posteriores desde esta región comenzaron a ejercer presión sobre ellos, por lo que emprendieron camino hacia el sur y el este. Al sur se encontraron con los vándalos y los burgundios, la periferia del «vecindario» firmemente asentado alrededor de la frontera romana. Los godos continuaron moviéndose al sur y al este hacia Ucrania, pero su avance y las presiones de los gépidos que seguían sus pasos alteraron los asentamientos territoriales de otros pueblos y precipitaron el movimiento masivo de otras tribus hacia territorios aún más próximos a la frontera romana.²⁰

El modelo manifiesto en este texto es el de la secuencia cronológica: vándalos y burgundios en primer lugar, luego godos, finalmente gépidos. Los godos proporcionaron el impulso que, según el pasaje citado, precipitó el «deslizamiento» hacia el oeste de los burgundios; a su vez, el ataque de los gépidos forzó el desplazamiento de los godos hacia el sudeste. Y como puede leerse en otros sitios, este último movimiento importunó de tal forma a los pueblos de la frontera romana, que les hizo lanzar una gran ofensiva a través de los confines del Imperio: Marco Aurelio, a la sazón emperador, tardó años en subyugar estos ataques y en restablecer la frontera norte. Según los historiadores modernos del Imperio romano, el reinado de Marco Aurelio [161-180] supuso el punto de inflexión entre la fase más calmada en la defensa del Imperio y la fase más dificultosa, y el movimiento de los godos fue el causante indirecto de esta mutación crucial²¹. La secuencia cronológica que se supone que siguieron los godos se convierte fácilmente en un encadenamiento causal influido por la típica idea del pánico que se propaga entre la multitud²². La preeminencia de los godos se debe también a que ellos fueron el objeto de la primera «historia de los bárbaros». Esta narración situaba su hogar primitivo

en Escandinavia y se refería explícitamente a las migraciones que les llevaron a Escitia —el sur de Rusia, al noreste del curso bajo del Danubio; el hecho de que en este relato se asegure que esas migraciones datan del segundo milenio a. C. raramente se toma como un elemento que pueda poner en duda su autenticidad²³.

Esta historia de los godos se escribió en Constantinopla a mediados del siglo VI, después de que los godos se hubieron alejado mucho del territorio que aún ocupaban alrededor de 370. Dado que el autor está en total desacuerdo con los historiadores modernos por lo que toca a la época en la que tuvieron lugar las primeras migraciones del este de Europa, apenas existe una base que permita trazar los movimientos de los germanos del este (vándalos, burgundios, godos, etc.) con anterioridad al siglo III d. C., de tal forma que únicamente cabe la descripción en términos de mera narración dramática²⁴. Los observadores romanos de la época no eran conscientes de que mareas y oleadas de seres humanos se abalanzaban amenazadoras sobre los bárbaros que habitaban al otro lado de los confines imperiales. Su ignorancia de este fenómeno es tan patente que en algunos casos los comentaristas modernos la señalan con disgusto: «los contemporáneos de Claudio [ca. 400 d. C.] no comprendían cómo y por qué nuevas hordas bárbaras seguían batiendo contra las fronteras del Imperio»²⁵. La idea de la presión migratoria también resulta algo extraña a la luz de los acontecimientos bien documentados de los que tenemos noticia. El ataque de los hunos en la década del 370 empujó efectivamente a algunos godos a abandonar sus tierras y a buscar la admisión en el Imperio romano, pero es difícil hallar durante todo el período de la invasión otro movimiento que se adecue a este modelo de un pueblo que avanza empujado por otro (incluso en este caso, es bastante poco probable que los hunos atacaran porque necesitaran o codiciaran para sí las tierras de los godos). Nadie empujó a los vándalos hacia el norte de África, ni a los sajones hasta Britania, ni a los ostrogodos hasta Italia; nadie ha demostrado nunca que la marcha de Radagaiso sobre Italia en 405, o el gran paso del Rin de los años 406-407 fuera obra de tribus que habían sido obligadas a abandonar sus tierras por

²⁰ Peters, *Europe*, cit., p. 42; cf. Musset, *Vagues germaniques*, cit., pp. 80-82.
²¹ Acerca del movimiento de los godos como causa indirecta de la ofensiva contra el Imperio: Schmidt, «Ursachen», cit., p. 341; Aubin en *Propyläen-Weltgeschichte*, vol. II, pp. 56-57; Musset, *Vagues germaniques*, cit., p. 52. George Kossack nos ofrece una descripción algo menos decidida en Fergus Millar, *The Roman Empire and Its Neighbours*, Londres, 1967, pp. 317-318. Una defensa típica de la tesis de que se produjo un punto de inflexión en la época de Marco Aurelio es el artículo de M. I. FINLEY, «Manpower and the Fall of Rome», en C. M. Cipolla (ed.), *The Economic Decline of Empires*, Londres, 1970, p. 86. TODD, *Northern Barbarians*, cit., p. 210, aprueba esta opción sin aclarar si hay o no evidencia arqueológica que la sustente.

²² Ferdinand Lot, *Les invasions germaniques*, París, 1935, cit., p. 322: las primeras tribus «se vieron obligadas a avanzar debido a la presión que ejercían las tribus que marchaban tras ellas» y, en consecuencia, todo pueblo que penetrara en el mundo romano era «empujado hacia delante del mismo modo en que un hombre, inmerso en la corriente de una muedumbre enloquecida, se verá arrojado sobre otro hombre y ejercerá sobre éste una presión tanto más irresistible por ser involuntaria».

²³ Jordanes, *Getica*, 9, cit., pp. 16-29. Existen algunas emiendas arbitrarias a estas fechas, como la de Kossack, *op. cit.* (cf. *supra*, n. 21), p. 318: los godos «según el mito de su migración, llegaron al estuario del Vístula aproximadamente en los tiempos del nacimiento de Jesucristo procedentes de Escandinavia». Las anotaciones de Mommsen exponen la propia elección de fecha de Jordanes.

²⁴ Un ejemplo cuyo valor reside en que logra poner de relieve los límites de nuestro conocimiento aparece en el libro de Christian Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955, pp. 11-32.

²⁵ ALAN CAMERON, *Claudians: Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, 1970, p. 74.

extranjeros a los que no pudieron resistir²⁶. El hecho de que los eslavos ocuparan a continuación las tierras abandonadas por los germanos del este, deja bien claro que los desplazamientos al interior del Imperio romano de los siglos IV y V no pudieron ser fruto de una presión continuada de la inmigración germánica desde el norte, especialmente cuando esa inmigración había tenido lugar mucho tiempo atrás. La imagen de un *barbaricum* masificado, repleto de gente empujada frenéticamente por recién llegados que se abalanzan continuamente sobre los demás, resulta bastante entretenida pero, al menos para un historiador «conservador», carece de pruebas que la sustenten.

Los ejemplos citados sobre burgundios y godos son también dignos de atención por lo que revelan acerca del modo en que los académicos modernos han trazado los caminos de cada tribu. En primer lugar, está la naturaleza compuesta e hipotética del relato. Según la versión de Musset, la pista de los burgundios puede rastrearse hasta Escandinavia porque «sus tradiciones», compiladas en una hagiografía del siglo VIII, así lo muestran; porque «su dialecto germano oriental» —del que no hay pruebas, excepto en el caso de ciertos nombres propios y topónimos que los filólogos modernos consideran burgundios— «tenía muchas afinidades con el de los godos»; y porque en Escandinavia hay algunos lugares cuyos nombres, recogidos por primera vez en la Baja Edad Media, se parecen a la voz «burgundio». De los burgundios también se ha sostenido que habitaban cerca del Báltico o en Polonia porque el nombre de la tribu aparece en una lista de tribus germánicas en la *Historia natural* de Plinio. La ubicación de estas tribus ha suscitado numerosas discusiones modernas. ¿Qué hay de valioso en toda esta información? Ya hemos citado más arriba los datos de la época acerca de lo que los burgundios pensaban de sus propios orígenes: no eran escandinavos, ni polacos, ni procedían de ningún otro lugar remoto. La hagiografía de época muy tardía de la que disponemos contiene un préstamo literario de la historia de los

²⁶ Según E. A. THOMPSON, *A History of Attila and the Huns*, Oxford, 1948, p. 28, «generalmente se acepta» que los hunos impulsaron el paso del 406 (citando a Gibbon); una afirmación similar aparece en Diesner, *Völkerwanderung*, cit., pp. 126-127. Argumentos explícitamente en contra aparecen en Schmidt, «Ursachen», pp. 349-50 y Maenchen-Helfen, *World of the Huns*, cit., pp. 60-61 (Radagaíso), pp. 71-72. Un pasaje romano acerca de la presión aparece en *Historia Augusta* (en adelante HA), *Marcus Aurelius*, 14, 1: «Victualis et Macrobianis cuncta urbanihus, alis etiam genibus, quae pulsae a superonibus barbaris fugerant, nisi reciperentur, bellum interentibus [tanto los victualis como los macrobianis estaban desorganizándolo todo y otros pueblos, que habían huido bajo la presión de otros bárbaros más lejanos, amenazaban con hacer la guerra si no se les permitía entrar]; no obstante, cuando se escribieron estas líneas, los hunos ya habían expulsado a los godos.

francos, no una memoria tribal o una «saga»²⁷. Incluso aunque contásemos con vestigios verosímiles de un dialecto burgundio, su afinidad con el godo sería irrelevante para una historia de las migraciones²⁸. Por lo que se refiere a los topónimos escandinavos, lo primero que habría que hacer es averiguar cuál es el valor exacto de unos datos tan delicados como estos: un nombre como Borgundarholm puede explicarse a partir de hipótesis distintas a la que sostiene que un pueblo llamado burgundio habitó en esas tierras o, simplemente, pasó por allí en alguna época²⁹. El mismo problema se plantea con la mención que aparece en Plinio: ¿qué importa el nombre tribal? En la obra de Plinio, el nombre burgundio —*Burgodiones*, para ser exactos— es anterior al siglo IV. No obstante, un pueblo reconocible que porte ese nombre, un pueblo al que tenga sentido conectar con los acontecimientos del siglo V, sólo aparece bastante tiempo después de Plinio y,

²⁷ El cronista de los francos del siglo VII al que conocemos con el nombre de Fredegario (3, 65, en *MGH, SS-M*, II) narra una historia de los orígenes lombardos semejante a la que aparece en el *Origo gentis Langobardorum* (en *MGH, SS-L*); el escrito sobre los primeros burgundios del siglo VIII *Passio s. Sigismundi* (en *MGH, SS-M*, II) plagia a Fredegario. Se trata de obras eruditas y no de platadas recopilaciones de «tradiciones populares». Además, como se ha sostenido con exactitud, la *Passio* es «durchaus französisch orientiert» [«de orientación enteramente francesa»]; Erich ZOLLNER, *Die politische Stellung der Völker in Frankenreich, Veröffentlichungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*, ed. L. Santifaller, 13, Viena, 1950, p. 112.

²⁸ De manera similar Diesner, *Völkerwanderung*, cit., p. 130, extrae consecuencias emigráficas del largo tiempo que los burgundios conservaron la nasalización. Sin embargo, el idioma burgundio está extinguido: Musset, *Vagues germaniques*, cit., p. 48. Acerca de la supervivencia de pruebas de su existencia, Schmidt, *Origines germanen*, cit., p. 191; Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., p. 301; y especialmente Hachmann, *Göten*, p. 148, que trata de su carácter inadecuado. La escritura de la historia al margen de las pruebas lingüísticas es un procedimiento básico en las descripciones recientes de las migraciones: Ernst WAHLB, en Bruno Gebhardt, *Handbuch*, Stuttgart, 19170, vol. I, pp. 41-43; para Schmidt, «Ursachen», cit., p. 340, la historia germánica comenzó con la partida desde la "indo-germanische Urheimat" [«la patria indogermánica original»]. Para más información, Felix Dahn, «Die Ursachen der Völkerwanderung», en E. von Weiherstein, *Geschichte der Völkerwanderung*, Leipzig, 1888, vol. I, pp. 3-10. La validez de tales intentos es muy dudosa desde una perspectiva rigurosamente lingüística; véase Calvert WATKINS, «Language and Its History», en Morton Bloomfield y Einar Haugen (eds.), *Language as a Human Problem*, Nueva York, 1974, pp. 85-97.

²⁹ Cfr. el cuidadoso uso de datos semejantes sobre los vándalos que lleva a cabo Courtois, *Vandales*, cit., pp. 15-17 (son disputas interminables ya que, después de todo, no hay forma de verificar ninguna de las hipótesis; además, «nada nos autoriza a establecer la autenticidad de esos topónimos»); Schmidt, *Origines germanen*, cit., pp. 551-552, emplea argumentos similares acerca de algunos topónimos asociados de forma abusiva con los hérulos. En cuanto a la engorrosa debilidad de tal prueba, véase Hachmann, *Göten*, cit., pp. 150-153, 156-163; véase también *ibidem*, p. 34, n. 75, donde aparece una interesante muestra del cambio de actitud de los historiadores frente a esos topónimos entre los años 1878 y 1939.

además, lejos del Báltico³⁰. No tiene sentido negar las primeras migraciones burgundias; pero lo que sí es cuestionable es tratar de combinar evidencias escasamente convincentes con el objeto de lograr su confirmación. ¿Acaso progresan nuestros conocimientos sobre los bábaros con ello?

Rfos de tinta han corrido en torno a la historia de los godos antes de su llegada a las comarcas del sur de Rusia, donde entraron en contacto con el Imperio Romano. Una cuestión de importancia crucial para los estudiosos de Jordanes, el godó bizantinizado que escribió la primera historia de los godos, es la credibilidad de sus primeros capítulos: en especial, de la reclamación de unos orígenes escandinavos³¹. Parece que sólo hay una respuesta admisible. De hecho, el haber adoptado un enfoque alternativo le valió al autor de un reciente libro de talante moderadamente crítico una severa reprimenda por parte de un destacado portavoz de los estudios tribales (*Stammeskunde*) germánicos:

Hachmann se toma muchas molestias [...] con el objeto de establecer cómo germanistas, historiadores y prehistoriadores desarrollaron un «mito de Escandinavia»—Escandinavia como patria de las tribus germánicas [...] Pero] uno debe evitar las fuentes secundarias cuando existen fuentes primarias disponibles. El informe de Jordanes

³⁰ Una vez más, cfr. Courtois, *Vandales*, cit., pp. 21-28, que tiene el gran mérito de comenzar exponiendo las pruebas de las que dispone, junto con oportunos comentarios en torno a la naturaleza de pueblos y tribus (pp. 26-27). La continuidad de las *Stämme* [tribus] es uno de los temas más delicados en las *Altrammeskunde* alemanas; adviértase la seguridad de Schmidt, *Ostgermanen*, cit., p. 85; Schwarz, *Germ. Stammesk.*, cit., comienza con una mención a la fundamental crítica de Franz Steinbach de 1926 (p. 7), pero después continúa, a la manera tradicional, tratando a cada tribu como una entidad fija desde la prehistoria en adelante. Sobre este tema puede hallarse más información en Gerold WALSER, reseña en *Historia* 7 (1958), pp. 122-124. Las arcaicas «tradiciones tribales» difícilmente se habrían transmitido hasta autores como Jordanes o Pablo Diácono, a no ser que las tribus constituyeran entidades continuas; de ahí el reciente énfasis en un *Traditionskern* [núcleo de la tradición] persistente (Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., p. viii); véase, en contra de esta postura, la oportuna crítica de Franáček Graus H. Ivya en *Historia* 7 (1963), pp. 188-191.

³¹ En los años en los que solía pasarse por alto, por ejemplo, que Jordanes y Procopio vivían en el mismo lugar y durante la misma época, se escribieron libros enteros en torno a los capítulos dedicados a los orígenes godos. Curt WIEBULL, *Die Auswanderung der Goten aus Schweden*, Gothenburg, 1958, con un saludable tono negativo; JOSEF SVENNING, *Jordanes und Scandia. Kritisch-exegetische Studien*, Estocolmo, 1967. Hachmann ha recogido más material de Svenning acerca de este mismo tema en Golen, cit., p. 529; Norbert WÄGNER, *Getica. Untersuchungen zum Leben des Jordanes und zur frühen Geschichte der Goten*, Quellen und Forschungen zur Sprach- und Kulturgeschichte der germanischen Völker N. F. 22, Berlin, 1967; Hachmann, Golen, cit., pp. 15-143; Gilbert DACKOW, «Discours utopique et récit des origines, I: Une lecture de Cassiodore-Jordans», *Annales. Économies, sociétés, civilisations* 26 (1971), cit., pp. 290-305.

acerca del viaje de los godos a través del Báltico es muy conocido y es fácil consultar en su *Gética*. La cuestión es únicamente: ¿se admite o no se admite la veracidad de este relato? ¿hay que dar importancia a los tres barcos? ¿qué tamaño se atribuye al territorio sueco de origen? ¿debe pensarse en una gran emigración o en varias emigraciones a pequeña escala? ³²

La ortodoxia exigida en este texto alcanza una intensidad religiosa. El propio Jordanes era bastante menos estricto. El grado de verosimilitud que concedía a los relatos de migración queda reflejado por las fechas que les atribuye: entre el 1490 y el 1324 a. C.; durante un milenio y medio, los godos acerca de los que escribía habrían habitado en las mismas tierras donde los encontraron los hunos a su llegada. Los estudiosos modernos que hacen suya la leyenda de Jordanes no sólo emmientan drásticamente sus fechas, sino que también se dedican afanosamente a buscar detalles lingüísticos, etnográficos y arqueológicos, encajando y reuniendo fragmentos y piezas del mismo tipo que las que encontramos en el caso burgundio. Leemos, por ejemplo, que «la verdadera historia de los godos»—verdadera, es decir, algo diferente de legendaria «aunque no inadmisibles»—«coincide con Plinio, quien, hacia 75 d. C., menciona a los *Gutones*, y con Tácito que alrededor del año 98 tiene noticia de los *Gothones*»³³. Se trata de argumentos de una prodigiosa ingenuidad, cuando no totalmente circulares³⁴. Según los criterios normales de análisis de fuentes, las primeras migraciones godas que describe Jordanes tienen

³² Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., pp. 299-300.

³³ Musset, *Vagues germaniques*, cit., pp. 81, 80. Estas leyendas «no inadmisibles» recaerán a uno de los veredictos del segundo juicio de Dreyfus: culpable de alta traición, pero con «circunstancias atenuantes». Igualmente extrañas son las conclusiones a las que llega Courtois, *Vandales*, cit., p. 18: tras inmensos esfuerzos, la erudición alemana no ha hecho más que amontonar hipótesis de las que no es posible extraer ninguna certidumbre; pero una vez dicho esto, añade «il ne me semble pas qu'il soit interdit à l'historien d'imaginer» [«no me parece que al historiador le esté prohibido imaginar»]. ¿Tiene sentido afirmar que comienza la «verdadera historia» de las tribus enumeradas por Plinio y Tácito, aun en el caso de que los nombres mencionados no vuelvan a aparecer por ningún sitio?

³⁴ Sería odioso dedicarse a citar ejemplos. Una cierta noción del problema aparece en Herwig WOLFRAM, «Athanasie de Visigodth: Monarchy or Judgeship. A Study in Comparative History», *Journal of Medieval History* 1 (1975), p. 261; a pesar de conceder que las premisas de la comparación propuesta son dudosas y que implican un salto cronológico de 350 años, concluye, con todo, que «una comparación funcional [...] parece justificada y puede resultar una buena herramienta metodológica». Una valiosa caracterización de tales escritos aparece en E. G. STANLEY, *The Search for Anglo-Saxon Paganism*, Cambridge, 1975, p. 122: «En [los últimos 150 años] lo desconocido (lo desconocido incognoscible, en mi opinión) se ha utilizado con tanta firmeza para explicar lo conocido que los estudiosos ya no experimentan ninguna duda en torno a sus métodos o resultados».

aproximadamente el mismo carácter histórico que los relatos del Génesis y el Éxodo; defender, sin más, que se trata de descripciones históricas es tarea propia de fundamentalistas religiosos.

No es difícil discernir el inagotable manantial del que surge tal devoción. Todo un proyecto global, el esfuerzo colectivo de generaciones desde el siglo XVI está en juego:

Por lo que concierne a la historia en sentido estricto, hay que reconocer que fue preciso un gran empuje intelectual para alejarse de la inmensa carga de las convenciones bíblico-clásicas y para hallar un punto de partida independiente para la historia alemana que no fuera el *orbis universus* [el mundo «ecuménico» de la Antigüedad Cristiana]. Con todo, la investigación histórica alemana emprendió esta senda de liberación desde [los tiempos del] el Beato Renano [1485-1547] y Wimpfeling [1450-1528] en adelante y ha conseguido alcanzarla³⁵.

Otro comentarista, menos confiado, subraya la importancia de dotar de algún modo a la Germania carente de escritura no sólo de un pasado, sino de una historia:

los informes de los escritores romanos han de considerarse un tanto partidistas y, dado que no contamos con fuentes escritas, hay que utilizar otras [fuentes] y esforzarse así por llenar las lagunas de los antiguos testimonios. A ojos de un historiador de la antigüedad esto puede parecer peligroso e inaceptable, puesto que sólo conoce sus fuentes, de las que trata de extraer la mayor cantidad posible de material creíble. ¿Pero es este un fenómeno exclusivo de lo que entra en el campo visual romano? ¿Acaso no es evidente que en los siglos que rodean el nacimiento de Cristo pasaron infinidad de cosas en el mundo germánico? Los autores griegos y latinos [...] describían las relaciones con los germanos desde su propio punto de vista. Por consiguiente, es responsabilidad de los *Stammeskunde* [estudios tribales] alemanes liberarse a sí mismas, en la medida de lo posible, del partidismo de estas fuentes, aunque lógicamente no es tarea fácil³⁶.

De este enfoque se deduce que los estudiosos de hoy en día continúan teniendo obligaciones de peso. La convicción de que en el

³⁵ Hermann Aubin, «Zur Frage der historischen Kontinuität im Allgemeinen», en su *Von Altertum zum Mittelalter*, Munich, 1949, p. 70. ¿Podía la historia desarrollarse al margen de la corriente principal clásico-bíblica de técnicas históricas? Por ejemplo, ¿existe o podría existir una historia africana independiente de la historia europea. La afirmación de Aubin tiene valor por cuanto nos fuerza a elegir si respaldamos o no tal planteamiento.

³⁶ Schwarz, *Germ. Stammesk.*, cit., pp. 24, 27. La primera parte de esta cita es una crítica a Gerold Walser, *Caesar und die Germanen, Historia, Einzelschriften*, H. 1, Wiesbaden, 1956.

«mundo germánico» sucedieron montones de cosas debe inspirarlos a la hora de describir a partir de diversos indicios lo que ninguna narración había plasmado hasta ahora. Asimismo, han de rectificar la parcialidad de todas las narraciones existentes. Sin embargo, sucede algo muy extraño cuando se detecta realmente las inclinaciones de los autores antiguos al hablar de los primeros germanos:

Evidentemente, es necesario verificar el carácter de estas fuentes, investigar las intenciones de los autores antiguos, descubrir sus métodos de trabajo, estudiar cómo su concepción de la verdad histórica difiere de la que tenemos actualmente, comprender las relaciones que mantenían con sus fuentes. ¿Pero está justificado tomar en consideración únicamente este punto de vista? ¿no deberíamos admitir que tal vez también obtuvieron datos de algún otro lugar o emplearon información personal? [...] Sería absurdo reflexionar sobre las fuentes escritas de [César y] sus intenciones políticas y pasar por alto, en cambio, sus experiencias personales con los germanos. La misma duda surge con respecto a Tácito y a Casiodoro [Jordanes]³⁷.

En otras palabras, la crítica no puede llevarse hasta tal punto que impugne los datos de los que depende la reconstrucción de la «historia germánica». Primero se califica a los observadores mediterráneos de partidistas y, a continuación, se sostiene que están comprometidos en una sincera indagación desinteresada y digna de confianza sobre los primeros germanos.

Este capítulo comenzó con la observación de que las historias generales acerca de las invasiones bárbaras suelen ser demasiado dramáticas para armonizar con los incidentes conocidos del encuentro romano-bárbaro que tuvo lugar entre los siglos IV y VI, incidentes como los que se señalarán en las páginas sucesivas [del libro de Goffart]. También se ha señalado que existen dos versiones bastante diferentes de las raíces históricas—restringida y ampliada—que es posible rastrear para estos pueblos del siglo V, como los godos o los burgundios. En este punto es preciso apreciar cómo las raíces más hondas atribuidas a estos pueblos están íntimamente relacionadas con

³⁷ Schwarz, *Germ. Stammesk.*, cit., p. 8, cit. *Zur germ. Stammesk.*, cit., pp. xiv-xv. Demostrar que un autor pudo haber tenido acceso a informaciones detalladas no nos permite probar que efectivamente así fue; obviamente, cualquier autor antiguo se encontraba más próximo a los primeros germanos que nosotros, incluso aunque nunca escribiera sobre ellos. A pesar de su carácter paradójico, la postura de Schwarz cuenta con un distinguido precedente: como señala Weibull, *Auswanderung*, cit., p. 15, el estudioso que estableció brillantemente la naturaleza libreca de la información de Tácito (Edvard Nordens, *Die Germanische Urgeschichte in Tacitus Germania*, Leipzig y Berlin, 1920) no pensó que sus investigaciones limitaran en modo alguno el valor de *Germania* como fuente para el estudio de los primeros germanos.

las historias generales de las invasiones bárbaras; son, de hecho, un fragmento fundamental de estas últimas. En un pasado reciente se han llevado a cabo grandes esfuerzos para construir una «temprana historia alemana» de la que derivaría la Alemania medieval y moderna; y los historiadores, al menos los de habla inglesa o francesa, apenas han tomado medidas positivas para contrarrestar esta manobra³⁸. El problema ha sido definido con gran elocuencia:

el concepto de «germánico» es completamente vago y deriva de una construcción conceptual puramente académica [de la filología germánica, una ciencia moderna]. A quinquetera que colege las fuentes de las áreas germánicas particulares —ya sean cartas, crónicas, inscripciones, obras de arte, hallazgos arqueológicos, etc.— forzosa-mente habrá de impresionarle la gran variedad y la multiplicidad de diferencias que impiden hablar de una «germanidad» (*Germanium*) en aquella época [...] La noción de «germanidad» unida, amorosamente alimentada por la historiografía, combinada con el movimiento románico, aún acostumbra a hacer su aparición en la escritura histórica, a pesar de que los postulados que subyacen a este constructo fueron desbaratados hace ya mucho tiempo [...] Por desgracia, el espectro de la «germanidad» todavía sigue rondando por las cabezas de estudiosos y demagogos políticos —fuera de las cuales jamás existió³⁹.

En estas líneas críticas está implícita la afirmación de que si el concepto anacrónico e insostenible de *Germanium* ha de ser extirpado de raíz, la historia que escribamos habrá de reflejar explícita-

³⁸ La excepción francesa es la destacada obra de FUSIEL de COULANGES *Invasión germanique*. Los herederos de este enfoque han sido Alfons Dopsch (en parte) y Henri Pierné (que sortó la cuestión de las invasiones); en Francia, medievalistas reputados como Lot, Marc Bloch o Louis Halphen tomaban Alemania como punto de partida para sus historias de los pueblos bárbaros en lugar de partir de Fustel, cuyas pro-mejoras imitaciones dejaron sin desarrollar.

En su nueva historia de Alemania, Josef FLECKENSTEIN omite el típico relato de la *Völkervanderung* y comienza con un, en principio oportuno, capítulo de sociología histórica («Die sozialen Grundlagen»); Joachim Lenscher (ed.), *Grundlagen und Beginn der deutschen Geschichte, Deutsche Geschichte*, vol. I, Göttinga, 1974, pp. 17-32. Sin embargo, a pesar de la elevada calidad de la exposición, un capítulo inicial de este tipo no hace más que reemplazar el Éxodo tradicional con un relato de índole igualmente mítica —una suerte de jardín del Edén germánico. El controvertido postulado de Aubin (n. 35) acerca de «un punto de partida independiente para la historia alemana que no fuera el *orbis universus*» sigue en pie.

³⁹ Franzišek GRAUS, *Volk, Herrscher und Heiliger im Reich der Merowinger*, Praga, 1965, pp. 23-4. Cfr. Stanley, *Search*, cit., p. 91: «Grimm y todos sus seguidores [contemplaban] la antigüedad germánica como una civilización común a todos aquellos que hablaban lenguas germánicas, una civilización a la que todos se habrían mantenido aterrados tenazmente a través de los siglos».

mente la diversidad y la desunión de los pueblos a los que el Imperio romano se enfrentaba al otro lado de sus fronteras⁴⁰. Todo esto conlleva, más precisamente, la necesidad de evaluar de nuevo y, en consecuencia, restar importancia al fenómeno de las migraciones.

La clásica defensa retórica de la «temprana historia alemana» consiste en preguntar «¿acaso no existieron las migraciones germánicas?», cuya respuesta inevitable es «los desplazamientos de pueblos han quedado firmemente establecidos»⁴¹. El fallo de este argumento reside en que, tal como nos recuerdan los antropólogos sociales, los movimientos de pueblos no son específicos de ningún período temporal ni de ningún grupo étnico en particular: «No hay ningún final para las migraciones, ya que el hombre está siempre en movimiento»⁴². Lo que cuenta no es si es verdad que las migraciones exis-

⁴⁰ Quizás el lugar donde mejor queda reflejada esta diversidad sea *Latentulus Veronensis*, de comienzos del siglo IV, cuyo catálogo de «gentes barbarae quae pullaverunt sub imperatoribus» [pueblos bárbaros que proliferaron bajo los emperadores] no sólo nos recorda la cantidad de pueblos no germánicos que estaban asentados a lo largo de la frontera (por ejemplo, los escotos, sármatas, persas, mauros), sino que también refleja el reconocimiento oficial de la presencia de bárbaros en el interior de los confines (isauros en Asia Menor, cantabros en España). El texto se encuentra en Alexander RIESE, *Geographi Latini minores*, Heilbronn, 1878, pp. 128-129. La única copia del *Latentulus* se anejó a la versión B de la *Cosmographia* de Julius HONORUS, muy influida por el cristianismo, en un códice del siglo VII (Riese, *Geographi*, cit., pp. xxxii-xxxiii, xxxvii). Como argumentó T. D. BARNES, «The Unity of the Verona List», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 16 (1975), cit., pp. 275-278, en la lista de provincias aparece una contradicción interna que podría ser indicio de la falta de homogeneidad del documento, sin embargo, queda por ver si su fecha difiere marcadamente de aquella que fijó A. H. M. JONES, «The Date and Value of the Verona List», *JRS* 44 (1954), pp. 21-29. Cfr. Stein, *Bas-Empire*, cit., vol. I, pp. 437-438, n. 22.

⁴¹ Schwarz, *Germ. Stammesk.*, cit., p. 24; *Zur germ. Stammesk.*, cit., pp. xvi-xvii.

⁴² A. M. HOCART, citado por Rodney Needham en su introducción a A. M. HOCART, *Kings and Councilors*, Chicago, 1970, pp. 1v-1vi; véase también la paráfrasis [...] tratar de buscar puntos de origen y rutas migratorias sólo puede conducir a la confusión». Los historiadores de la Edad Media han recurrido demasiado a la idea de las migraciones como base para una periodización. Por ejemplo, Marc Bloch, *Feudal Society*, trad. inglesa de L. A. Manyon, Chicago, 1961, p. 56. «Hacia el siglo XI [...] estos grandes movimientos de pueblos formaron el auténtico tejido principal de la historia tanto en occidente como en el resto del mundo. De ahí en adelante occidente es casi el único lugar libre de estos desplazamientos». Sin embargo, a partir de esa fecha Europa siguió siendo escenario de «grandes movimientos» aproximadamente en igual medida que antes; tan sólo en el siglo XIX. «Exportos» 80 millones de personas [ed. cast.], *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 1993]. Cfr. Musset, *Vagues germaniques*, cit., p. 43; normalmente se da por sentada la estabilidad de la población europea occidental, al igual que la del Imperio Romano, y se considera el período de las «grandes invasiones» como un parentesis de problemas entre dos eras de normalidad; «Il serait plus sage d'adopter une attitude inverse» [«sería más sensato adoptar la postura in-

tieron —lo que, evidentemente, es cierto—, sino cuál es la función que se les asigna en los relatos modernos. Como espero que habrá quedado patente a partir de los casos a los que se ha pasado revista hasta aquí, las migraciones han funcionado como auténticos cimientos de la teoría de la temprana unidad germánica; cuando se rastrea su origen con devoción ortodoxa, termina por conducir a la Escandinavia prehistórica como patria única, el seno materno común que derramó su prole sobre una Europa expectante⁴³. Al aferrarse a la idea de las migraciones, que son comunes a numerosos períodos y pueblos, y al enfatizar su importancia, los historiadores han engendrado una entidad temática que comienza, como muy tarde, con los cimbrios y los teutones desplazándose hacia el sur un siglo antes de Cristo y finaliza con la invasión de Italia por los lombardos en 568 d. C. Esta es la famosa «era de las migraciones de pueblos», que debe servir para entender no sólo el período posterior a la invasión de los hunos de 375 d. C., sino todo el período que va del primer siglo a. C. en adelante⁴⁴. Serían necesarios muchos esfuerzos para borrar de nuestro horizonte mental estas huellas tan profundamente incrustadas, pero hasta que no se consiga, no cabe esperar que mejor nuestra comprensión de cómo, en la antigüedad tardía, algunos pueblos bárbaros llegaron a establecer reinos en las provincias occidentales del Imperio romano. Permittaseme añadir algo más acerca de las migraciones, aún a riesgo de resultar tedioso. Los incidentes espectaculares, como las in-

versas] Musset parece identificar los gobiernos estables con las poblaciones estables. En la práctica no necesariamente coinciden. La relativa preponderancia o ausencia de migraciones es una base tan débil para la periodización como lo es la preponderancia o ausencia de guerras. Además, es bastante dudoso que las migraciones, o cualquier otro fenómeno cuya característica sea la «longue durée» («largo plazo»), pueda considerarse con propiedad (en palabras de Bloch) «el tejido principal de la historia».

⁴³ Diesner, *Völkerverwanderung*, cit., p. 87. Este libro, escrito en la antigua Alemania del Este, indica que esta idea no es menos aceptable para los historiadores «socialistas» que para los «burgueses». En un valioso examen historiográfico, Marc Bloch cita la versión de Montesquieu de esta misma idea (procedente, en último término, de Jordanes), «Sur les grandes invasions. Quelques positions de problèmes», en BLOCH, *Mélanges historiques*, París, 1963, vol. I, pp. 91-103. Además de la tesis de la procedencia escandinava de pueblos muy distintos planteada por Jordanes, Friedegario, la *Passio Segismundi*, etc., algunos autores de comienzos del siglo XIX expusieron la idea de que los noticiosos eran los ancestros comunes de todos los germanos. Zöllner, *Politische Stellung*, cit., pp. 46-47, 52. Quedaba para los autores modernos la tarea de aplicar esta idea a la narrativa histórica.

⁴⁴ Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., p. viii. Cf. n. 2, *supra*. Por otra parte, ROLF HACHMANN, *The Germanic Peoples*, trad. inglesa de James Hogarth, Londres, 1971, pp. 69-71, llama la atención sobre una pronunciada discontinuidad entre el final de la época anterior a Cristo y los comienzos de nuestra era por lo que toca a la evidencia arqueológica.

vasiones de cimbrios y teutones, el ataque de los marcomanos y sus aliados a finales del siglo II d. C. o incluso el paso del Rin de vándalos, suevos y otros pueblos en los años 406-407 son los acontecimientos que más ansiamos aprehender desde el punto de vista de los invasores. El principal defecto de los relatos greorromanos que han llegado hasta nosotros no es tanto la parcialidad cuanto el hecho de que resultan inadecuados, pues plantean más cuestiones de las que resuelven. Se trata de un asunto lamentable, pero que no tiene remedio. Ni la arqueología ni las demás disciplinas de la prehistoria disponen de los recursos necesarios para satisfacer nuestra curiosidad.

Lo que sí puede ratificar la arqueología es que entre los pueblos germánicos la forma de vida era sedentaria y no nómada, ni siquiera en parte:

La principal impresión que suscitan las excavaciones es la de comunidades estables y duraderas, algunas de las cuales ocupaban los mismos lugares durante décadas o incluso siglos, otras trasladaban sus viviendas sin alejarse demasiado de los confines de su territorio original [...] Parece claro [...] que la primitiva economía germana [...] era, en esencia, semejante a la agricultura campesina de las provincias occidentales del Imperio romano⁴⁵.

Además, los arqueólogos han abandonado recientemente la correspondencia entre, por un lado, las áreas culturales que sugieren los vestigios materiales y, por el otro, la localización aproximada de las tribus que indican los escritos greorromanos. Durante gran parte de este siglo, se consideró que existía una correspondencia entre ambas

⁴⁵ Todd, *Northern Barbarians*, cit., pp. 116-117, 131, corrige explícitamente a un historiador de la Antigüedad (M. I. Finley): Marc Bloch, «Une mise au point: les invasions», en BLOCH, *Mélanges historiques*, cit., vol. I, pp. 116-118, propone una descripción cuidadosa y muy desarrollada del supuesto nomadismo germánico, que considera directamente conectado con la *Völkerverwanderung*. Véase también Robert FOLTZ *et al.*, *De l'antiquité au monde médiéval*, Peuples et civilisations, vol. V, París, 1972, p. 36. En apoyo de la tesis de Todd, Johannes HALLER y Heinrich DANNEBAUER, *Der Eintritt der Germanen in die Geschichte*, Sammlung Göschen 1117, Berlín, 1970, pp. 20-21; la idea de que los germanos eran seminómadas es un error garrafal.

El hecho de la estabilidad no tiene nada que ver con la tesis de una supuesta agricultura germánica más avanzada que la del Imperio romano que ha mantenido William H. McNeill, *The Shape of European History*, Nueva York, 1974, pp. 65-68. A pesar de que McNeill presenta su argumento como si fuera el fruto de un consenso académico, no tiene parangón al menos en la literatura que yo conozco. Es manifiestamente incorrecto. Cf. la creencia, abandonada hace ya tiempo, según la cual el hecho de que los germanos alcanzaran el «estado» de agricultura sedentaria produjo una presión demográfica que fue la causa inicial de sus migraciones: Dahm, «Ursachen der Völkerverwanderung», cit., pp. 5-6, 8-9.

categorías de información⁴⁶. Mientras se mantuvo esta idea, aún podía defenderse la existencia de una asociación de injustada intensidad entre arqueología, toponimia e historia; la síntesis dinámica de la «temprana historia alemana» de la que hemos tratado en las páginas precedentes estaba totalmente determinada por creencias que parecían plausibles cuando aún se pensaba que las áreas culturales coincidían con (y asimismo circunscribían) los territorios tribales. Pero este postulado ya no es defendible. Una vez que se ha aceptado que los restos materiales de Germania no son el espejo directo de la etnografía greco-romana, las pruebas no escritas pierden importancia; se recurre a ellas en escasas ocasiones y sólo para ratificar las tesis de los observadores que dejaron testimonios escritos. Cualquiera de nuestras narraciones históricas estará basada casi exclusivamente en las declaraciones de estos observadores y, por lo tanto, se limitará a descubrir no a las tribus germánicas tal como se conocían a sí mismas o tal como los arqueólogos pueden conocerlas, sino únicamente a los vecinos del Imperio romano —una colección de pueblos que probablemente no tienen nada en común al margen de la perspectiva mediterránea con la que fueron observados—. La cronología y las tesis unificadoras de este tipo de narraciones derivan necesariamente de la historia romana.

Fue el Imperio romano el que, debido a su expansión y a los elevados niveles de seguridad que exigía para sus provincias, estableció una conspicua línea divisoria que lo separaba de los diversos grupos de extranjeros que habitaban del otro lado. La suerte de esta frontera —cuyo mantenimiento resultaba menos oneroso para el Imperio que el hecho de soportarla para los bárbaros— bien podría constituir el foco dinámico de esta historia. El hecho de que el acento recaiga sobre Roma no debe confundirse con la polémica idea acerca de una su-puesta «continuidad» entre la historia romana y la historia medieval⁴⁷. Más bien al contrario, el tema de la seguridad romana realiza las actividades perturbadoras de alemanes, francos, godos, vándalos y demás pueblos durante los últimos tiempos de la Antigüedad, de modo que difícilmente podría negarse su capacidad para cambiar el curso de los acontecimientos en direcciones novedosas. Lo único que

refuta son las falacias manifiestas anteriormente enumeradas: que existió un «otro lado» coherente (o un bando germánico) enfrentado al Imperio y que este bando poseía una tendencia innata —la presión acumulada de las continuas migraciones— a irrumpir en el espacio romano. Los observadores greco-romanos sobre los que nos apoyamos eran muy conscientes de la variedad y la desunión de los pueblos que se les enfrentaban (aún cuando a todos ellos se les llamara bárbaros), y no se hacían ilusiones acerca de mareas migratorias. Un estudio basado fundamentalmente en sus descripciones será sin duda imperfecto y, en cierta medida, parcial puesto que todas las fuentes tienen defectos: nuestra convicción de que los bárbaros tenían sus propias ideas no nos autoriza a imaginarnos cuáles fueron. Bastará con reflejar la auténtica experiencia de algunos observadores de la época, en lugar de reproducir las reconstrucciones más modernas, por bienintencionadas que sean. Se conseguirá aún mayor claridad cuando se reconozca que todos los escritos proceden de la zona mediterránea con escritura, aunque estén firmados por un godo, un anglosajón o un franco⁴⁸. Si algunos bárbaros dejaron de ser meras molestias o amenazas para las fronteras imperiales y se transformaron en pueblos con un pasado y quizás también con un futuro, fue sólo a través de su conversión a la religión del Imperio. El Imperio fue tanto un centro unificador para la irrupción de estos pueblos en la historia como lo fue para la expansión del cristianismo⁴⁹.

La tesis esencial de los próximos capítulos [del libro de Goffart] es que no debe situarse en una perspectiva demasiado amplia a los godos y burgundios de las provincias del Imperio, así como a los romanos que trataron con ellos. Excepto en el caso de alanos y hunos, los bárbaros que participaron en las invasiones eran vecinos del Imperio; los pueblos que recabarán nuestro interés son los que vivieron en suelo romano y en contacto habitual con las distintas esferas de la vida pública y privada romana durante décadas, antes de los acuerdos y las transacciones de los que en seguida nos ocuparemos. Si es-

⁴⁶ Todd, *Northern Barbarians*, cit., pp. 20-21, 55. Una perspectiva diferente puede hallarse en Schwarz, *Zur germ. Stammesk.*, cit., pp. x-xiii, 301-3.

⁴⁷ Graus, *Volk, Herrscher*, cit., pp. 19-21, 24. La crítica de Graus, que subraya las declaraciones romanas de la época que apuntan hacia la discontinuidad, no tiene muy en cuenta las palabras de Amiano cuando afirmó «fallantur malorum recentium stupre confixis» [«el horror que sentían ante las últimas desgracias les llevó por mal camino»] (31, 5, 11) —las desgracias pasajeras se inflan y se convierten en calamidades sin precedente a ojos de observadores a los que les falta perspectiva histórica, un fenómeno común también en nuestra propia experiencia.

⁴⁸ Cfr. la opinión de Aubin, citada más arriba, n. 35. La sangre goda de Jortanes no convierte su *Getica* en una obra más germánica, de la misma forma que la sangre vándala de Estiflicón no alteró su fealdad hacia el Imperio al que servía. El retrato más realista de un reino bárbaro del que disponemos procede de un galorromano, Gregorio de Tours.

⁴⁹ Compárese con el prejuicio hondamente arraigado de que la historia medieval procede de una trinidad de elementos romanos, cristianos y germánicos de igual peso, o que supone un «encuentro de la germanidad con la cristianidad y la herencia de la Antigüedad» (H. Löwe) [n. 17]. Una historia del cristianismo al margen del Imperio romano sería algo tan distorsionado como el «punto de partida independiente para la historia alemana» de Aubin (n. 35). Además, la idea de un origen ternario asume tácitamente la existencia de una catástrofe previa, tras la cual habría sido necesario una reconstrucción a partir de tres acervos de materiales diferentes.

tos hechos merecen ser subrayados, no es con el objeto de dar a entender que los bárbaros sufrieron un proceso de «romanización» a causa de la proximidad de la frontera o a casi una generación expuesta a la influencia de los habitantes de las provincias romanas. Tal como nos recuerdan algunos autores recientes, la idea de civilizaciones altas y bajas que entran en contacto —dos recipientes, uno más lleno y otro menos, que al entrar en contacto terminan por alcanzar un mismo nivel— es una simplificación excesiva que la experiencia humana tiende a contradecir: «La "civilización" no se encuentra con la "barbarie". [...] Lo que ocurre es que algunos hombres entran en contacto con otros hombres. O con otras mujeres»⁵⁰. Cuando la gente se encuentra lo hace en tanto que individuos, no como colectividades. Los contenidos que se comunican entre sí tienden menos que ver con las raíces sociales e históricas que cada individuo pueda portar en el encuentro que con ciertos rasgos elementales de personalidad y carácter. Lo máximo que se puede afirmar en un plano colectivo es que, por lo que concierne a todas las partes implicadas, vivir juntos modifica la naturaleza de la existencia y, con más motivo, si la asociación es permanente.

Las circunstancias que llevaron a los bárbaros al territorio romano en número suficiente y con el poder suficiente como para ejercer cierta influencia, no fueron siempre las mismas. En los dos extremos de la Europa romana, en Inglaterra y en la península de los Balcanes, era tan grande el número de los extranjeros que inmigraban que, para finales del siglo VI, el territorio ocupado por los bárbaros se había expandido a través del Mar del Norte y el Danubio, desalojando y desplazando a los habitantes de las provincias romanas. A lo largo del vasto territorio situado entre Inglaterra y los Balcanes, se puede establecer el movimiento de retirada del Imperio, algo toscamente, a partir de la frontera actual entre lenguas romances y lenguas germánicas⁵¹. Estas formas de retirada, a su vez, guardan poca semejanza con las circunstancias —más espectaculares, aunque también más preca-

⁵⁰ A. P. THOMSON, «*Elekyl and Hide in the Colonies*», *International Journal* 20 (1965), pp. 226-227.

⁵¹ Cfr. la segunda zona descrita por Löwe en Gebhardt, *Handbuch*, cit., p. 92 (fue Aubin quien propuso el esquema de tres zonas). La división que yo propongo proviene de las actuaciones del Imperio: evacuación de Britania, retirada parcial de las comarcas fronterizas del Rin y del curso alto del Danubio; defensas fallidas de los Balcanes (donde se asentaron los eslavos). La inmigración bárbara en estas tierras fue gradual y compleja; pléñese en el proceso que llevó a irlandeses y sajones a desplazarse hasta Britania y a los bretones a trasladarse a Armórica. Löwe hace hincapié en las diferencias de las tribus germánicas implicadas en el proceso, pero esto no tiene en cuenta a los francos (véase la siguiente nota); ni tampoco abarca el caso de los eslavos en los Balcanes —una cuestión relevante para recordar que la «caída» del Imperio no fue un fenómeno exclusivamente occidental.

rias— que serán objeto de nuestra investigación. Los asentamientos del siglo V en territorio imperial de los que se ocupará el presente estudio son los que levantaron aisladamente las distintas bandas de bárbaros completamente desgajadas del *barbaricum*. En estos casos, los extranjeros se adentraban muy lejos de la vieja frontera, después habían un alto en medio de un mar de romanos y tomaban el mando, generalmente por medio de acuerdos explícitos con el gobierno imperial, que los aceptaba como tropas auxiliares⁵². Es difícil determinar su número, lo más probable es que la cantidad documentada que los historiadores modernos han estado dispuestos a aceptar [80.000 individuos, vándalos en su mayoría, a los que Genserico habrá conducido desde España hasta África en 429] sea más una ficción que un auténtico recuento. No obstante, es posible que cada grupo estuviera formado por decenas de miles de personas —un número imponente, sin duda. Además, se trataba de bandas armadas bajo liderazgo militar que avanzaban en un espacio abierto habitado por una población desarraigada formada por civiles inexpertos. Lo más probable es que inspiraran temor y respeto, por mucho que estuvieran corriendo el riesgo de ser culturalmente absorbidos por la población circundante.

El prototipo de estos asentamientos es la inmigración de refugiados godos autorizada por el emperador Valente en 376 o, más precisamente, la pacificación de esos godos en 382. Se habían rebelado el año 377 y habían logrado una gran victoria en Adrianópolis (378), pero más tarde las armas y la diplomacia romanas les habían infligido un paulatino desgaste que llevó a sus dirigentes a suscribir un tratado bastante ventajoso. Por necesidad o por libre elección, Teodosio I y sus descendientes estuvieron dispuestos a tolerar, en lugar de expulsar o aniquilar, a los bárbaros que se rebelaron en el interior del territorio imperial (como los godos en 377 y 395) y a los que irrumpieron a través de sus fronteras en avances masivos (como los vándalos, alanos y suevos durante los años 406-407)⁵³. El gobierno romano man-

⁵² Véase la excelente descripción de Musset en *Vagues germaniques*, cit., p. 69 n. 1. El reino merovingio guarda semejanzas con este tipo de asentamientos en la medida en que Clodoveo y sus sucesores establecieron sus capitales muy lejos de los límites donde se encontraba concentrada la población franca.

⁵³ El Imperio del siglo III había sufrido incursiones cuando menos tan duras como las sufridas por Teodosio y sus hijos, pero había expulsado a todos los invasores al precio de muy poco territorio: ¿por qué no volvió a emplearse este expediente? Algunos historiadores mantienen actualmente que la «presión» bárbara era demasiado fuerte: Paganol, *Empire chrétien*, cit., p. 422; A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 1964, pp. 1027-1031; reseña de J. F. MATTHEWS en *JRS* 56 (1966), p. 245. Una explicación alternativa que merece la pena tener en cuenta es que para el gobierno romano eran más seguras las concesiones a los bárbaros que los riesgos interiores de una defensa eficaz (los emperadores del siglo III Aureliano, Probo, etc., habían pagado un considerable precio personal).

tenía desde hacía tiempo a algunos de sus vecinos como un precioso acervo militar utilizable en beneficio del Imperio; había convenido a algunos dirigentes bárbaros, como el godo Ataulfo, de que la posición más ventajosa para ellos y sus seguidores era servir y proteger la Romanía⁵⁴. Se trataba de ideas frágiles y de vida limitada; el aprecio de los romanos por los bárbaros no era más profundo ni estaba más difundido que la dedicación bárbara a los intereses públicos del estado romano. Los historiadores de los últimos tiempos de la Antigüedad no han explicado claramente por qué los emperadores a partir de Constantino depositaron su confianza en tropas y generales extranjeros en mayor medida que sus predecesores; además, es digno de atención el cambio que experimentó la opinión oficial en Constantinopla durante la segunda mitad del siglo V: la creciente hostilidad hacia los bárbaros libres sentó las bases ideológicas para las campañas de Justiniano⁵⁵. Sin embargo, el poder de atracción del Imperio, tipificado por la bienvenida del gobierno a las elites militares extranjeras, desempeñó un papel más decisivo que cualquier acción por parte de los bárbaros para establecer gobiernos foráneos en suelo provincial. Desde el punto de vista del siglo IV, lo que nosotros llamamos la caída del Imperio romano de Occidente fue el resultado de un experimento imaginativo que se les acabó yendo de las manos.

Este libro [el de Goffart], en cuyo tema específico nos centramos ahora, se ocupa explícitamente de uno de los aspectos de este experimento: ¿en qué términos legales se instalaron los soldados bárbaros y

⁵⁴ Acerca de la utilización militar de los bárbaros véase: Jones, *Later Roman Empire*, cit., pp. 619-623, 199-200; Stroheker, *Germanium u. Spätantik*, pp. 9-29, 30-53; Manfred Waas, *Germanen im römische Dienst im 4. Jahrhundert n. C.*, Bonn, 1965. La conocida historia de Ataulfo, en Oroso, *Historia adversus paganos*, 7, 43-3-6, ha de combinarse, por una parte, con el informe de un rey alemán al que se puso al mando de una unidad del ejército romano en Britania (Ammiano, 29, 4, 7) y, por la otra, con la *Getica* de Jordanes, que identifica el servicio al Imperio con la *raison d'être* histórica de los godos. Gerhard Wirth, «Zur Frage der foederierten Staaten in der spätere römische Kaiserzeit», *Historia* 16 (1967), p. 240, cit. 236, habla de «los ataques habituales cuyo objetivo era [para los atacantes] ser admitidos en el Imperio y abandonar su propia existencia política a cambio de las ventajas que les ofrecía el servicio al Imperio».

⁵⁵ Alexander Schenk von Straßeneberg, «Die Germanen im römischen Reich», *Die Welt als Geschichte* 1 (1935), pp. 72-100, 2 (1936), pp. 117-168, trató de ofrecer una explicación. A menudo la idea de un debilitamiento o declive económico del Imperio sustituye a una auténtica explicación. La distinción realizada por Müsser, *Völkergermantiques*, cit., pp. 224-226, entre «infiltraciones» (como los reclutamientos militares) y las invasiones propiamente dichas, conduce a error. Acerca de la hostilidad previa a Justiniano: véase los historiadores Victor Vliense, Zósimo y el conde Marcelino (también el cronista galo de 452?); el reinado de León I, con sus campañas contra los vándalos (469) y la caída de la dinastía militar de Aspar (471), parecen importantes; quizás la toma de Cartago por los vándalos (439) fuera el punto de inflexión.

los que dependían de ellos en el Imperio? La cuestión quedará sin respuesta en algunas regiones, debido a la falta de pruebas; en otras, las hay en cantidad suficiente para posibilitar, como mínimo, una respuesta aproximada. Comenzaremos con una zona rural romana cuyo rasgo más característico y novedoso, instituido a partir del reinado de Diocleciano, era el elevado grado de reglamentación burocrática con miras a la recaudación de impuestos y la realización de ciertas tareas esenciales. En la fecha escogida como cierre cronológico del estudio, la organización fiscal se había reducido y se limitaba a la gestión de los intereses financieros de los reyes bárbaros, sin embargo, el campo seguía caracterizándose por una gran cantidad de terratenientes absentistas y por la presencia de una fuerza de trabajo servil cuyas ataduras se derivaban, en gran parte, de las leyes fiscales. En cuanto a los habitantes de los asentamientos bárbaros, algunos de ellos habían sido antaños o desplazados por ejércitos hostiles, mientras que otros resistían. En ambos casos, su llegada se había dejado sentir, aunque sólo en parte, sobre la organización de la propiedad de la tierra en las comarcas de asentamiento: gran parte de la reglamentación típica de la vida romana tardía se desvaneció, mientras que otros rasgos presentes en la época pasaron a estar más profundamente marcados que nunca. Falta por ver quiénes eran estos bárbaros de los que hablamos y cuáles fueron los pormenores técnicos de su implantación en las provincias occidentales.

En el año 418, los visigodos del rey Wallia aceptaron los asentamientos en Aquitania que les ofrecía el gobierno romano; en 433, Aecio instaló a los burgundios que quedaban en una zona de la Galia oriental; en 476, el ejército de Italia, compuesto de diferentes pueblos bárbaros de pequeño tamaño, forzó la deposición del último emperador de Occidente y entronizó a Odoacro con la idea de conseguir para sí parcelas de terreno; en la última década del siglo V, después de que Teodorico derrocara a Odoacro, se asignó terrenos a los ostrogodos; asimismo, dos grupos de alanos aceptaron asentamientos semejantes en el transcurso del siglo. Todas estas operaciones estaban perfectamente reguladas, lo que presupone una cooperación de los dirigentes bárbaros con las autoridades romanas que se llevaba a cabo legalmente y pretendía mantener, como mínimo, cierta armonía entre el pueblo bárbaro asentado y la población nativa. Se trata de un proceso diferente de las expropiaciones arbitrarias de las que se sirvió Genserico para proporcionar tierras a los vándalos en el norte de África o de las prolongadas depredaciones de los suevos en el noroeste de España. El meollo de cada asentamiento reglamentado consistía en suministrar una parcela a cada godo, burgundio o miembro de cualquier otro pueblo que estuviera autorizado. Si estos premios se distribuían o no tan pronto como entraban en vigor los tratados con el gobierno

romano de Occidente es algo que no sabemos, aunque es poco probable; no obstante, más tarde o más temprano —de forma casi inmediata en Italia— se procedía a la repartición: los guerreros bárbaros tomaban posesión de una parcela en el campo junto a los terratenientes romanos. Tanto para los beneficiarios como para los romanos que pagaban las cuentas, se trataba de un momento memorable.

Por trascendentes que fueran en su época, estos asentamientos dejaron tras de sí poca documentación, por lo que las pruebas de las que disponemos no bastan para resolver ciertas preguntas esenciales y dejan un amplio margen para la imaginación. Algunas crónicas dedican unas pocas líneas a este tema; las leyes burgundias proporcionan testimonios fascinantes pero oscuros que, más que desarrollarse, se limitan a repetirse en el Código Visigodo; únicamente Procopio ofrece información acerca del primer asentamiento en Italia y, junto con las *Variae* de Casiodoro, proporciona los únicos rezagos disponibles del esquema instituido por Teodorico⁵⁶. Se trata de un material muy poco descriptivo, apenas hay nada que plasme la existencia de un conjunto de hombres dedicados a instalar colonos bárbaros en las provincias romanas; la mayor parte de la información es de segunda mano, y se centra en los detalles legales o institucionales de la asignación de tierras. Los textos relevantes procedentes de las diversas fuentes ocupan, en total, unas cinco páginas o incluso menos.

Estas escasas pruebas se conocen desde hace ya muchas décadas. El libro de Gaupp acerca de este tema, publicado en 1844, aún se considera un punto de partida indispensable, al que siguieron numerosos comentarios hasta llegar al extenso artículo de Ferdinand Lot, «Du régime de l'hospitalité» [«Sobre el régimen de hospitalidad»], publicado en 1928⁵⁷. Desde entonces, algunos aspectos del asentamiento bárbaro han despertado animados debates que, sin embargo, no han tenido en cuenta la cuestión de la asignación de tierras, un tema que se considera o bien agotado por Lot y sus predecesores, o bien incognoscible debido a la escasez de documentación⁵⁸. Ninguna de es-

⁵⁶ *Chronica minor*, ed. T. Mommsen, *MGH*, AA, vols. IX y XI; *Leges Burgundionum*, ed. Ludwig Rudolf de Salis, *MGH*, *Leges*, vol. II, 1ª parte; *Leges Visigothorum*, ed. K. Zauner, *MGH*, *Leges*, vol. I, acerca de Procopio, *infra*, cap. III (del libro de Goffart); Casiodoro, *Variae*, ed. A. J. Fridh, *CCSL*, cap. 96, Turnhout, 1973, también ed. T. Mommsen, *MGH*, AA, vol. XII.

⁵⁷ Ernst Theodor Gaupp, *Die germanischen Ansiedlungen und Landheilungen in den Provinzen des römischen Westreiches*, Breslau, 1844; Ferdinand Lot, «Du régime de l'hospitalité», *Revue belge de philologie et d'histoire* 7 (1928), pp. 975-1011.

⁵⁸ E. A. Thompson, «The Settlement of the Barbarians in Southern Gaul», *JRS* 46 (1956), pp. 65-75; J. M. Wallace-Hadrill, «Gothia y Romanía», en su *The Long-Haired Kings and Other Studies in Frankish History*, Nueva York, 1962, pp. 25-48, especialmente pp. 30-33. El artículo de Thompson se basa fundamentalmente en Lot, «Hospitalité», cit., sin revisar la documentación; véase también Thompson, «The Barbarian

las dos perspectivas es correcta. Los primeros comentaristas dejaron numerosas cuestiones sin plantear y, si bien el arranque de la inversión de Lot fue admirable, las conclusiones que alcanzó fueron decisivas y, en buena medida, decepcionantes. En cuanto a la documentación, no es posible introducir textos nuevos, pero los que están disponibles —en su mayor parte basados en las circunstancias italianas— pueden ser objeto de una interpretación más exacta.

Este estudio [el libro de Goffart] retoma este viejo tema e introduce tres novedades en el debate. Para empezar, se elaborará una valoración crítica de la hipótesis según la cual la repartición seguía, en el caso de los bárbaros, el modelo de las prácticas romanas para los soldados destacados, conocido por los modernos como «el sistema de hospitalitas». Algunos historiadores han utilizado esta idea en menor medida que otros, pero ninguno ha sabido determinar qué base existía en la legislación romana que permitiera no sólo dar cobijo a los soldados bárbaros, sino también asignarles parcelas de tierra. A continuación, se situará la documentación italiana en el centro de la argumentación, puesto que constituye el único conjunto de escritos lo suficientemente extenso como para ilustrar los detalles técnicos del asentamiento bárbaro. El resto de los textos son tardíos y fragmentarios y no deben interpretarse sin el apoyo del modelo italiano. Finalmente, se sostendrá la tesis de que la «tierra» otorgada a los bárbaros no suponía una propiedad ordinaria sino una forma especial de propiedad posibilitada por las tardías leyes fiscales romanas. La asignación que recibía inicialmente un bárbaro consistía en la titularidad fiscal y su producto —un tipo de propiedad «superior» que no extinguía ni suplantaba los derechos privados de propiedad de los romanos que poseían tierras gravadas y pagaban sus impuestos. Esta peculiaridad contribuye a explicar por qué los asentamientos apenas ocasionaron un murmullo de protestas entre los habitantes romanos de las provincias y por qué las pocas protestas que suscitaban asumieron la forma que asumieron.

Kingdoms in Spain and Gaul», *Nottingham Medieval Studies* 7 (1963), pp. 3-33. Wallace-Hadrill, «Gothia and Romanía», cit., p. 30, n. 2, «no conocemos casi nada acerca del asentamiento [visigodo]» (una correcta apreciación de las pruebas disponibles). Las principales exposiciones desde la de Lot son: Schmidt, *Ostgermanen*, cit., pp. 171-173, 316-317, 327-329, 362-363, 505-506 (poco influido por Lot); Wilhelm Ennsun, *Theodorich der Grosse*, Munich, 1947, pp. 94-97, 193-196, 203-205 (únicamente sobre Italia), y, especialmente, Musset, *Vagues germaniques*, pp. 284-248.